

Gordilandia era un país de gente bastante gordita. Su rey se llamaba Gordinflón y era el séptimo de la gloriosa dinastía de los Gordinflones que durante siglos había reinado en aquella nación con probidad y justicia. En este país vivía el señor Tripucho, quien, como podréis apreciar por su nombre, era tan barrigoncillo como su soberano y demás paisanos. El señor Tripucho era lavandero y pese a su humilde oficio vivía feliz y contento en su pobreza. Todas las mañanas se levantaba tempranito e iba por las calles de Gordilandia cantando su pregón:

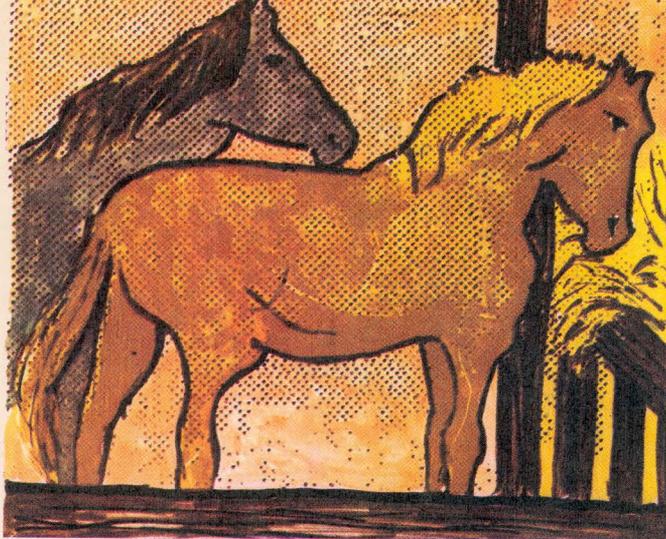
*El lavandero, el lavandero.
¿Quién tiene ropa que lavar?
Yo se la limpio, yo se la friego
y sin una mancha la sé dejar.
Yo la cepillo, yo la restriego
y blanca y lúcida vuelve a quedar.
El lavanderooooo.*

También vivía por aquel entonces en Gordilandia el señor Viruta, el cual era llamado así, no por ser carpintero, sino porque era muy delgadito, cosa bastante rara en el país. El señor Viruta poseía una alfarería donde fabricaba cacharros de barro de todas clases y, como era el único en muchas leguas a la redonda, se había hecho inmensamente rico. Y, ¿por qué era tan flaco?, os preguntaréis. ¿Acaso no comía para ahorrar? No, amiguitos, no era por eso. El señor Viruta comía más y mejor que el mismo rey, que ya es decir, lo que le pasaba era que la envidia lo tenía así de flacucho. Y ¿sabéis a quién envidiaba? Pues al bueno del señor Tripucho, el lavandero. Lo envidiaba porque era alegre, trabajador y amigo de todos, desde Gordinflón VII al último habitante de Gordilandia. Por todo esto en la mente del señor Viruta fue tomando cuerpo la idea de hacer una mala pasada a Tripucho, y la ocasión se le presentó cierto día en que paseando por las calles de Gordilandia oyó los clarines y tambores de los heraldos reales y vio a la gente corriendo hacia la plaza. Los siguió y a poco pudo ver y oír a los pregoneros dando a conocer el bando real.

*¡Atención, atención!
¡Oíd el bando de Gordinflón!
Su Majestad quiere tener
para su carroza un blanco corcel.
Y entregará al que se lo dé
un saco de oro y un tarro de miel.
¡Mucha atención!
¡Este es el bando de Gordinflón!*

TRIPUCHO

Por Carlos Guillermo
Domínguez



Al oír esto, Viruta se quedó pensativo. ¿Así que el rey quería un caballo blanco para que tirara de su real carroza? Bien, ésta era la oportunidad que él esperaba para meter en un lío a Tripucho. Decidido se presentó en el palacio real y pidió hablar con Gordinflón. Cuando se vio ante el rey se inclinó con respeto diciendo:

.- Majestad.

.- Por favor acercaos, le dijo amablemente Gordinflón - Estáis tan delgadito que casi no os veo. ¡Y qué verde! Parecéis una lechuga. A Viruta no le hizo gracia la comparación. Pero era verdad, el alfarero estaba verde pues la envidia le salía a la cara. Disimuló con una sonrisa y de nuevo hizo una reverencia mientras decía:

.- Vengo a haceros un favor, Majestad.

.- ¿Vos hacerme un favor? - indagó extrañado Gordinflón VII - Sí que es raro. Pero decidme de qué se trata.

.- He oído pregonar a vuestros heraldos que deseáis tener un caballo blanco.

.- Cierto, así es. Tengo quinientos caballos en mis cuadras, pero ninguno es blanco. Los poseo tordos, bayos, alazanes y pintos, pero tengo el capricho de poseer uno blanco para que tire de mi carroza. ¿Acaso vais a regalarme vos alguno, señor Viruta?

.- Es algo mejor Majestad - aclaró con una risita el alfarero - Voy a deciros el medio de que vuestros quinientos caballos sean blancos. El rey palmoteó alegremente.

.- ¡Oh! Eso sería maravilloso. Decid, decid.

.- Vos conocéis al señor Tripucho, el lavandero.

.- Claro que sí.

.- El señor Tripucho tiene fama de ser el mejor lavandero del país, el que deja la ropa más blanca.

.- Y es verdad - afirmó convencido Gordinflón - Mis reales camisas las lava él y son la envidia de los reyes vecinos.

.- ¿Y sabéis por qué las deja tan blancas?

.- No.

.- Pues porque posee una fórmula mágica con la que consigue esa blancura que tanta fama le ha dado.

.- Pero, bueno - se impacientó el rey - ¿Qué

tiene que ver eso con mis quinientos caballos? Viruta bajó la voz al decir:

.- Es que esa fórmula sirve también para volver blancos los caballos.

Los ojos de Gordinflón VII se pusieron redondos a causa de la sorpresa.

.- ¿Es cierto lo que decís?

.- Muy cierto. - afirmó Viruta.

.- Estupendo. Haré venir al señor Tripucho y le ordenaré que lave mis quinientos caballos y los deje blancos. - Gordinflón hizo un gesto de despedida con la mano y añadió: - Podéis retiraros.

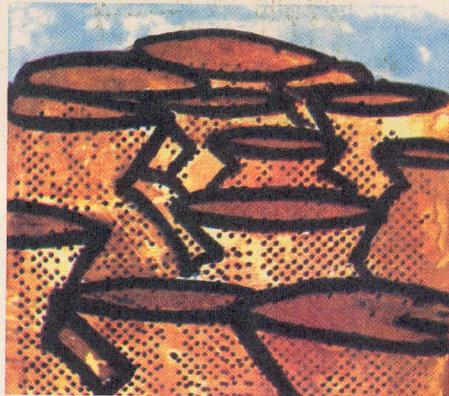
El alfarero hizo una profunda reverencia y salió del salón del trono frotándose las manos de maligno placer.

Mientras, el rey ordenó que trajesen a Tripucho ante él. Cuando el lavandero estuvo en su presencia, le dijo:

.- Tripucho, me he enterado que tienes una fórmula mágica con la que vuelves blanco todo lo que lavas.

.- Majestad, la única fórmula que yo empleo es la de restregón tras restregón y la verdad es que no tiene nada de mágica.

Gordinflón lo miró severamente.



.- No me engañes, Tripucho. El señor Viruta me ha dicho que puedes volver blancos mis quinientos caballos y quiero que lo hagas.

Al oír el nombre del alfarero, Tripucho se dio cuenta de que todo era una jugada de éste y trató de convencer al rey.

.- Majestad, lo que me pedís es imposible.

¿Cuándo ha visto vuestra majestad que se pueda quitar el color a un caballo lavándolo como si fuera una camisa?

.- No quiero pretextos, Tripucho, quiero que vuelvas blancos a mis caballos.

.- Pero, Majestad...

.- No hagas que me enoje y cumple mis deseos. El pobre lavandero se había quedado atónito ante las pretensiones del rey, pero dándose cuenta de que sería inútil cuanto dijese para convencerlo de su error, pues Gordinflón era tan buenazo como brutote, le respondió:

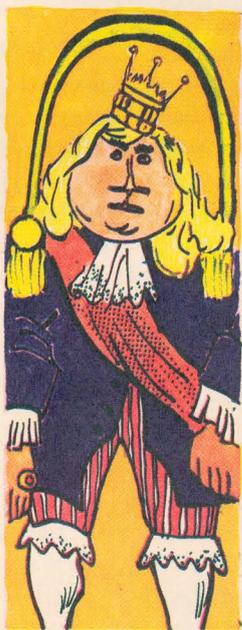
.- Perfectamente, Majestad, intentaré dejar blancos a vuestros caballos. Ahora bien, preciso algo para ello.

.- Píde lo que quieras que te lo concederé.

. - Yo, para dejar la ropa blanca, la meto en una tinaja de barro y la hiervo con agua jabonosa un rato. Por tanto necesito quinientas tinajas para hervir vuestros caballos. Decid al señor Viruta que las construya y en cuanto estén me pondré al trabajo.

El rey quedó muy contento con la respuesta e inmediatamente hizo llamar al señor Viruta y le ordenó que construyese las quinientas tinajas.

Para qué deciros la rabia del alfarero al ver que el perjuicio que pensaba causar a Tripucho se volvía contra él, ya que construir quinientas tinajas tan grandes era un trabajo



enorme por el que, además, nada podría cobrar pues eran para el rey. En un principio casi declara a éste la verdad, pero pudo más la envidia que la sensatez y pensando que si lograba hacerlas lograría también la perdición de Tripucho, prometió a Gordinflón VII que tendría sus quinientas tinajas.

Durante las semanas siguientes, Viruta trabajó incansablemente en la construcción de las tinajas. Pero el trabajo iba despacio y el rey se impacientaba. Al fin el alfarero no tuvo más remedio que emplear a varios hombres para que le ayudasen. De esta forma se gastó en jornales todo el dinero que tenía ahorrado, pero nada le importaba con tal de dejar en ridículo a Tripucho. Al fin terminó su trabajo y fue a ver al rey.

. - Majestad, las tinajas están terminadas. Ya podéis decir al señor Tripucho que vuelva blanco a vuestros caballos.

. - Gracias, señor Viruta - replicó alborozado Gordinflón - Daré orden de que vayan a buscar al señor Tripucho y de que lleven mis caballos junto a las tinajas.

Momentos después, su Majestad Gordinflón VII, seguido de Viruta, que no cabía en sí de satisfacción, de Tripucho, que iba pensando en la forma de salir de aquel lío, y de todo el pueblo, más los quinientos caballos llevados por servidores de palacio, se encaminaba al lugar donde estaban las tinajas.

. - Puedes empezar a lavar los caballos. - Dijo el rey a Tripucho cuando llegaron. - Estoy deseando verlos blancos como la nieve.

. - Sí, Majestad. - respondió humildemente el lavadero. - Dad orden de que los metan dentro de las tinajas.

¿Vosotros habéis visto meter un caballo dentro de una tinaja? Supongo que no. Fue algo muy divertido. Los animales daban coces en todas direcciones, los palafreneros y mozos de cuadra rodaban por los suelos, las gentes del pueblo gritaban y, cuando al fin y tras muchos apuros los caballos fueron a parar dentro de las tinajas, éstas se rompieron con su peso. Para qué deciros la desilusión del rey, la rabia de Viruta y el alivio de Tripucho. . - ¡Qué pena, qué pena! - se lamentaba Gordinflón.

. - Sí, Majestad, es una pena - dijo Tripucho acercándose a él. - Esas tinajas son muy débiles y no sirven. Creo que lo mejor es desistir y dejar los caballos del color que son.

. - Tienes razón, Tripucho. Los dejaremos como están.

Pero el señor Viruta, cegado por la envidia y la rabia, intervino diciendo:

. - No, Majestad, no debéis desistir. Yo os construiré otras tinajas más fuertes y resistentes que éstas.

La envidia es algo tan malo que impide razonar. Por eso Viruta no se daba cuenta de que iba a seguir perjudicándose, él sólo pensaba en hacer daño a Tripucho.

Aquel mismo día comenzó la construcción de las nuevas tinajas. Poco a poco, según pasaba el tiempo, agotó el dinero que tenía, vendió luego su ganado, más tarde sus tierras y, finalmente, su casa. Ya no tenía ni para comer, pero la envidia lo mantenía en pie más flaco y verde que nunca.

Al fin terminó su trabajo y volvió a presentarse ante el rey.

. - Majestad, ya están terminadas las nuevas tinajas. Son fuertes y resistentes y puedo aseguraros que no se romperán.



.-Me dais una gran alegría, señor Viruta. Ahora mismo haré que vayan en busca del señor Tripucho para que lave mis caballos. Y, como la vez anterior, Gordinflón VII, acompañado por los habitantes de Gordilandia, se dispuso a ver cómo Tripucho volvía blanco el oscuro pelaje de los caballos. Tras no pocos esfuerzos, fueron metidos uno a uno los animales dentro de las tinajas sin que éstas se rompieran. El pueblo gritó y aplaudió mientras Viruta se frotaba las manos recreándose por anticipado al pensar en el castigo que iba a recibir el lavandero cuando confesara que no podía volver blancos los caballos.



.-Ya están dentro de las tinajas, Tripucho - exclamó Gordinflón muy satisfecho- ¿Qué vas a hacer ahora?

.-Hervirlos, Majestad, hervirlos. Dad orden de que llenen de agua las tinajas y de que pongan leña bajo ellas.

En un momento se cumplieron los deseos de Tripucho. Se puso agua en las tinajas y bajo cada una de ellas un buen haz de leña.

.-Ahora dad orden de que prendan la leña. - dijo el lavandero ante la mirada de interrogación que el rey le dirigía.

.-¡Prended fuego a esa leña!- gritó Gordinflón. Fue obedecido inmediatamente. Los servidores corrieron de tinaja en tinaja con antorchas encendidas y, momentos después, la leña que había bajo éstas ardía entre grandes llamaredas y humareda.

.-¿Tienen que hervir mucho rato, Tripucho? - Preguntó el rey.

.-Un poco, Majestad. - respondió éste sentándose tranquilamente en el suelo a esperar. Los ojos de todos los gordilandeses estaban fijos en las tinajas. No se oía una vez y sólo el chisporroteo de la leña ardiendo o alguna tos arrancada por el humo rompía aquel espantoso silencio. De pronto empezó a oírse el gluglú del agua de la primera tinaja que empezaba a hervir, este gluglú se multiplicó por dos, por cuatro, por ocho, por dieciséis... hasta ser el gluglú de quinientas tinajas. Entonces los caballos, que estaban muy a gusto tomando aquel agradable baño tibio, sintieron

que se les calentaban los cascos y empezaron a dar coces y más coces hasta que las tinajas estallaron y se rompieron como la primera vez.

Un loh! de desilusión surgió de la multitud mientras el agua derramada caía sobre las hogueras y apagándose se elevaba en nubes de vapor, mientras los caballos corrían de un lado a otro perseguidos por los palafreneros y mozos de cuadra.

Gordinflón VII contempló todo esto con los ojos redondos y moviendo la cabeza de un lado a otro y a punto de que se le cayera la corona que se tambaleó peligrosamente.

.-¡Nunca, nunca lograré tener caballos blancos! Y vos sois el culpable, señor Viruta, por no saber hacer tinajas.

.-Majestad... -traté de defenderse el alfarero

.-¡Silencio!- gritó enfadado el rey-Digo que sois el culpable y lo sois. Y como no quiero inútiles en mi reino, vais a salir de él inmediatamente.

De esta forma, el mal que Viruta quería que cayese sobre Tripucho había caído sobre él. Mientras, el rey se volvió al lavandero y le pasó un brazo sobre los hombros.

.-Y tú, Tripucho, mi buen amigo, pídemelo que quieras que te lo concederé por haber intentado complacerme.

Tripucho miró al rey, luego a Viruta que permanecía con la cabeza baja y frotándose las manos como tenía por costumbre, aunque esta vez era de desesperación y pena.

.-Sólo quiero una cosa, Majestad.

.-Dime de qué se trata y cuenta con ella.

.-Os pido que perdonéis al señor Viruta.

La corona de Gordinflón se balanceó tanto esta vez que casi se le cae al suelo. Pero, al fin, se mantuvo sobre la regia cabeza mientras el rey empezaba a sonreír.

.-No lo merece por torpe. Pero ya que te prometí una gracia y es ésta la que me pides, te la concedo. Además, desde este momento, te nombro lavandero real.

Pero aquí no terminó todo. Tripucho era tan bueno como gordito y perdonó a Viruta su mala pasada, además lo hizo socio suyo en el negocio de lavar ropa. El señor Viruta, avergonzado ante tanta bondad, se arrepintió sinceramente, incluso empezó a engordar, pues un alma limpia es la mejor salud para el cuerpo. Y dicen que ahora, mientras Tripucho lava las reales camisas de su Majestad Gordinflón VII, Viruta va por las calles, contento y feliz, recogiendo la ropa que ha de lavar mientras canta:

El lavandero, el lavandero.

¿Quién tiene ropa para lavar?

Yo se la limpio, yo se la friego y sin una mancha la sé dejar.

Yo la cepillo, yo la restriego

y blanca y lúcida vuelve a quedar. □